

CON. Una sola palabra. (Tomándole la mano.) Ya sabes que el Rey me ha nombrado su embajador en Londres. Llevo en mi compañía á Lisardo con un buen destino; y como el deber de una esposa es seguir á su marido....

FLO. Ah! Si me atreviese á hablar....

CON. Habla, hija mia. No tengas reparo. Mi amor....

FLO. (Temblando.) Dejádme, dejádme, os ruego.

CON. Por qué tiembas, ojos míos? Qué diantre! Aunque fuera yo un leon!

REM. (Dentro.) No está el señor en su despacho.

CON. (Se levanta.) Qué voz es esa?

FLO. (Infeliz de mí!)

CON. Sal tú para que no entre nadie.

FLO. (Turbada.) Y os he de dejar aquí?

REM. (Dentro.) Voy á ver si en alguna de estas piezas....

CONDE. Sin tener dónde ocultarme!... Ah!... Detrás de este sillon... Despáchale pronto.

(Flora le corta el camino. El conde sigue andando de frente hácia el sillon, y Flora, que no puede detenerle, anda de espaldas hasta quedar colocada entre el paje y el Conde. Narciso sale á gatas de donde está, mientras el Conde se baja para ocupar su puesto; da la vuelta velozmente y se acomoda en cuchillas sobre el asiento del sillon. Flora coge el vestido que trajo, cubre al paje con él, y se pone delante del sillon.)

ESCENA IX.

EL CONDE Y NARCISO ocultos. FLORA Y D. REMIGIO.

REM. Flora, has visto al señor conde?

FLO. Para qué le he de haber visto? Dejádme en paz. (Con enfado.)

REM. (Acercándose.) Si tú fueras más razonable, no tendrías por qué admirarte de mi pregunta. Lisardo es quien le busca.

FLO. Busca al hombre que más mal le quiere despues de vos.

REM. Hacer bien á una mujer es querer mal á su marido?

FLO. No lo es segun vuestros infames principios, agente de corrupcion. Indigno! Quién os da permiso para entrar aquí?

REM. Vamos, vamos; no hay que enfadarse. Tú te lo pierdes. Pero bien sé yo que no es Lisardo el obstáculo que más perjudica al señor Conde. Si no fuera por el paje....

FLO. D. Narciso? (Con temor.)

REM. Pues! D. Narciso, que anda siempre á tu alrededor, y esta mañana misma cuando te dejé le vi rondando por esos pasillos para entrar á verte. Niégámelo.

FLO. Qué impostura! Idos de aquí, hombre vil.

REM. Soy hombre vil porque veo claro. No ha compuesto para tí ese romance de que hace tanto misterio?

FLO. Sí, para mí! Para mí!...

REM. Como no sea para la Condesa... Quién sabe? Cuando sirve á la mesa, no falta quien haya notado que la mira con unos ojos... Pues que se guarde de que lo huela el Conde, porque es feroz en tocándole al honor.

FLO. Y vos un malvado en esparcir semejantes chismes para perder á un pobre niño, que ha caido en la desgracia de su amo.

REM. Yo no lo he sacado de mi cabeza. Todo el mundo lo dice.

CONDE. (Se levanta.) Cómo todo el mundo?

FLO. Oh, cielo!

REM. Ah! ah! (Admirado.)

CONDE. Corred, D. Remigio. Que se marche al momento.

REM. Siento mucho haber interrumpido...

FLO. Dios mio! Dios mio!

CONDE. Pierde el color... Alguna congoja... Sentémosla en este sillon...

FLO. (Con prontitud.) No quiero sentarme... Entrar con esa libertad en mi cuarto!... Es una iniquidad!

CONDE. Somos dos, querida. No tienes que temer.

REM. Me pesa de haber embromado á Flora con el paje. Si hubiera sabido que vos lo estabais oyendo...

CONDE. Cincuenta doblones, un caballo, y que se vuelva con sus padres.

REM. Eh, señor! Si ha sido una chanza!...

CONDE. Es un bribonzuelo. Ayer le sorprendí hablando con la hija del jardinero.

REM. Juanita?

FLO. Vos no iriais allí sin objeto.

CONDE. (Satisfecho.) No me desagradó la reflexion.

REM. Es de muy buen agüero.

CONDE. Pero no. Iba á buscar á tu tio Antonio para darle órdenes. Llamo: despues de un gran rato me abre tu primita: la turbacion que noto en su semblanto, me hace entrar en sospecha: la pregunto, y no acierta á responderme. En esto veo removerse un bulto tapado con una especie de cortina... Sigo hablando con la muchacha, y sin darme por entendido, levanto quedito, quedito la cortina, y veo... (Para imitar la accion, levanta el vestido que cubre al paje.) Ah!

REM. Calla! El pajecito!

CONDE. Pues esta entruchada no le va en zaga á la de ayer.

REM. No por cierto. Cáspita!

CONDE. Perfectamente, señorita! Si esto haceis en el dia de vuestra boda... Con que vuestro afan de estar sola, era para recibir á mi paje? Y vos, señorito! Es esa la enmienda? Sin respetar á vuestra madrina, tener valor para poner los ojos en su primera camarista; en la mujer de vuestro amigo! Pero no sufriré yo que Lisardo, un hombre á quien estimo tanto, sea víctima de semejante picardía. Vino con vos, D. Remigio?

FLO. Aquí no hay picardía, ni víctima. Aquí estaba Narciso cuando vos me hablabais. Me rogaba que intercediese con la señora para que alcanzase de vos su perdon.

CONDE. (Encolerizado.) Ojalá sea mentira lo que me dices! No podia desearle mayor desgracia su más cruel enemigo.

FLO. Vuestra llegada le atemorizó en tales términos, que se ocultó en el sillon.

CONDE. Infernal mentira! Yo me senté en él cuando entré.

NAR. Ah, señor! Yo estaba detrás temblando como un azogado.

CONDE. Otra impostura! Allí me oculté yo cuando entró D. Remigio.

NAR. Perdonad. Entonces fué cuando yo me acurruqué sobre el asiento.

CONDE. (Más irritado.) Maldito paje!... Pues nos estaba escuchando!

NAR. Al contrario, señor. Hacía todo lo posible para no escuchar nada.

CONDE. (A Flora.) Oh perfidia! No te casarás con Lisardo.

REM. Contenéos, que viene gente.

CONDE. (Sacando al paje del sillon por el brazo, y poniéndolo en pié.) Capaz sería de quedarse así delante de todo el mundo!

ESCENA X.

DICHOS, LA CONDESA, LISARDO, JUANITA, lacayos y aldeanos de ambos sexos.

Lis. Señora, sola vos podeis alcanzarnos esta gracia. (Li